



# **XXXIV CONGRESO INTERNACIONAL DE ESTUDIOS ELECTORALES: REPRESENTATIVIDAD Y LEGITIMIDAD EN LA CONSTRUCCIÓN DEMOCRÁTICA**

## **Tema VIII. Cultura política y democracia**

**Título de la Ponencia: La cultura política y la formación universitaria en la UPN-Hidalgo**

**Nombre y apellido del autor, correo electrónico e institución de pertenencia:**

**John Bautista Rosales  
upnhjbr821@gmail.com  
Universidad Pedagógica Nacional, Ajusco**

**Resumen:** El momento actual de emergencia que vivimos en el mundo ha puesto en evidencia la condición de vida ciudadana y la capacidad política de vivir en comunidad para enfrentar los problemas que nos involucran a todos. De manera que nos ha hecho pensar sobre ¿Qué tan solidarios somos? ¿Cómo se han formado a los ciudadanos? ¿Qué sucede con la formación política de nuestros estudiantes en las universidades públicas? ¿Cuál es la cultura política que impera en nuestras sociedades e instituciones?

Por ello, en el presente trabajo se pretende develar el problema político de la formación en la UPN-Hidalgo. Es decir, trabajar cómo es que en la formación de los profesionales de la educación, la política juega un papel relevante, pues está mediada por la reconfiguración institucional de las universidades públicas a partir de su contexto socio-histórico y político.

Nuestra intención es poner énfasis en las relaciones de poder que se juegan en los procesos de formación profesional y que han dado por sentado las definiciones de verdad y las estructuras de poder dominantes –entre ellas, la cuestión política hegemónica-. De lo que se trata, es identificar y analizar que en los procesos de formación profesional subyacen indicios de una noción de política arraigada que reproduce patrones de orden y continuidad al margen de las demandas y necesidades tanto de los propios sujetos, como de la sociedad misma, pero que también están supeditadas a un nuevo régimen de gubernamentalidad, derivado del proyecto de nación del gobierno en turno.

Una de las preocupaciones que se ha mantenido durante el desarrollo de la investigación “La cultura política y los procesos de formación profesional de la educación en la UPN-Hidalgo” tiene que ver con el interés de relacionar el papel de los profesores como intelectuales universitarios y la reproducción de una cultura política apegada al ejercicio del poder hegemónico, por ello, la pregunta ¿Cómo se vincula la categoría de cultura política con la categoría de intelectuales universitarios frente al poder? es la que guía el desarrollo del presente trabajo.

De entrada es necesario recordar que de acuerdo a la percepción social y a la función académica propiamente asignada, el profesor universitario despliega todo un ejercicio de poder político en su quehacer profesional, más allá del deber educativo, de manera que en este sentido reproduce y legitima valores hegemónicos que corresponden a los intereses del orden social y económico dominante.

**Palabras clave:** Cultura política, Formación profesional, Universidades públicas

“¿Por qué era débil el Estado mexicano? La debilidad, dice Pereyra, era una consecuencia de la pobreza. Aclaro: no pobreza del país sino del poder político”

(Octavio Paz. 1978 *El ogro filantrópico*. p.15)

Lo que acontece en la UPN-Hidalgo, respecto al nombramiento de sus autoridades educativas, es expresión clara de una cierta cultura política que deviene históricamente de una tradición patrimonialista cuyo eje de acción responde al control y sometimiento institucional, pero además es manifestación evidente del papel sumiso que los profesores universitarios mantienen frente a los hechos y el poder. De tal forma, sin mayor esfuerzo, es posible encontrar contradicciones a partir de, en este caso, los objetivos formativos esperados y el accionar concreto en los diversos espacios en los que lo educativo se concreta. Así, vemos en este caso específico, que mientras en clase se enseñan definiciones y procesos democráticos pero en la realidad cotidiana se toleran prácticas antidemocráticas, una vez más se propone democracia cuando no se practica.

Lo anteriormente expuesto da cuenta de lo que acontece actualmente en la universidad pública, específicamente respecto al nombramiento de sus autoridades educativas, sin embargo, es una práctica que evidencia los mecanismos de imposición del poder político sobre los procesos académicos. Pero además, es una forma en que se ha operado y naturalizado históricamente al interior de los espacios universitarios, por ello, la relevancia de estudiarlos desde su genealogía.

Cuando Varela dice *“Hacer la genealogía del presente....El presente es el resultado de una serie de transformaciones que han tenido lugar en el pasado y que es preciso reconstruir para comprender qué hay de inédito, de contemporáneo, en nuestra vida social...”* (Varela, 1997:40), guarda relación con lo que plantea Rosanvallon en el sentido de *“Partir de una cuestión contemporánea para reconstruir su genealogía”* (Rosanvallon, 2002:27). Es decir, encontrar el hilo conductor del vínculo entre las prácticas reproductoras de los intelectuales universitarios y la generación de toda una cultura política específica cuya generación y reproducción rebasa obviamente los límites del ámbito educativo, implica analizar cómo el poder oligárquico se ha instalado dentro de las organizaciones universitarias a partir de los conflictos, las batallas y las rivalidades entre los individuos y grupos que marcan su posicionamiento dentro del campo político – elecciones, filiaciones partidarias, variables culturales, económicas y sociales-, por ejemplo, el caso de las redes institucionales como “círculos íntimos” al interior de la universidad y que son parte de la arena de lucha institucional “las redes estructuran poder, decisiones y recursos de autoridad, por lo que pueden alterar la legitimidad si es que se sobreponen o subordinan a los procesos de participación. En más de un sentido, éstos pueden asumir la forma de mecanismos de presión para entrar a las diferentes redes, sea para regularlas y plantear diques institucionales o para entrar al disfrute de sus canonjías y prebendas” (Miranda López, 2001:149), junto con la reproducción de relaciones específicas de un poder con características particulares (heteropatriarcal, disciplinario, autoritario, represor, excluyente, quizá corrupto, colonial, etc.). Por ello, hablar de lo político como campo, es hablar del poder y del ejercicio del poder en forma de acción colectiva. Por lo que la actividad académica universitaria no escapa a este ejercicio.

Estas condiciones en la universidad, datan del imaginario colectivo que en el pasado se ha gestado y que se han reproducido en las formas de ser de los mexicanos y de su cultura política.

Históricamente el Estado mexicano, de acuerdo con Paz “*En muchos de sus aspectos, especialmente en su trato con el público y en su manera de conducir los asuntos, sigue siendo patrimonialista*” (Paz, 1978:18-19), de manera que el Estado se considera como patrimonio personal de gobierno, que, desde el proyecto cultural de los intelectuales pertenecientes a la burguesía ilustrada, ha cimentado un proyecto de clase que se sustenta en una cultura política de subordinación pero con aspiraciones – obediencia, competencia-.

Si en el pasado sólo se trataba de obedecer, en el actual contexto de predominio del mercado, ahora se trata de competir. Esa es la gran apuesta de las tendencias de financiamiento en la educación superior, lo que conlleva toda una cultura política de individualismo, competencia y rivalidad entre los sujetos.

La racionalidad económica y la lógica de la empresa privada ha mantenido cierto predominio en el caso de nuestro país, la tecnocracia administrativa y la casta política han jugado un papel fundamental en la consolidación de este proyecto cultural de clase – autoritario, excluyente, hegemónico-, junto con la función de los intelectuales como ideólogos del sistema, lo que ha debilitado tanto a la sociedad como al Estado mismo y fortalecido a la empresa privada y la mentalidad capitalista. Esta lógica de mercado que se incrusta no sólo en la mente del profesor universitario sino también en sus propias prácticas educativas, termina por generar una cultura política alejada de los principios democráticos que exige una ciudadanía participativa incluyente.

¿Cómo se ha llegado a la reconfiguración del poder de clase a través de la educación? La transición hacia un modelo neoliberal en el Estado tiene su historia, por ello, resulta pertinente analizar cómo surgen las llamadas políticas educativas neoliberales. De entrada puede advertirse que las tendencias neoliberales en la educación tienden desde nuestro posicionamiento hacia la reconfiguración del poder de clase y hacia una nueva colonialidad del saber y el poder. Si bien es cierto que antes del neoliberalismo, la cuestión política y las formas políticas en la educación se fincaban también en una

verticalidad autoritaria del poder, con la ideología neoliberal se agudiza esta forma vertical, estructural y cultural del ser y hacer pedagógico en los espacios universitarios.

Y ¿cómo se han concretado las políticas educativas neoliberales?, de acuerdo a Ball, transitamos hacia *“la colonización cada vez más marcada de la política educativa por los imperativos de la política económica”* (Ball, 2002:110), de manera que la educación está siendo transformada en un bien oligárquico, donde a través de la tendencia global de *School choice*, se pretende la elección educativa y se reemplaza la educación pública.

Además se separa la tradicional función estatal de provisión y financiamiento, se da un fuerte énfasis en la satisfacción de la demanda (de los padres) y se introducen incentivos y competencia en el sector público. La universidad pública al ser trastocada por fines de mercado mantiene un poder impositivo y pierde su orientación social al convertir su bien público en interés privado. Lo cual desencadena una cultura política apegada a esos principios.

Es un hecho que la universidad en el actual contexto de la globalización de la economía y de la sociedad de mercado global naturaliza y legitima la cientifización de la cosmovisión liberal y la concepción de una naturaleza humana ahistórica y universal. Se asiste a una colonialidad del saber, donde las formas de dominio colonial no sólo tienen que ver con el pasado, sino que juegan de igual manera un papel fundamental en el dominio imperial y neocolonial del presente *“nos encontramos irremediablemente presos al interior de jaulas conceptuales en las cuales no existe tensión, fisura ni escapatoria posible”* (Lander, 2000:26). De ahí la importancia de trascender las estructuras homogeneizantes del conocimiento moderno que han configurado la institucionalidad del saber.

El caso de la UPN-Hidalgo habría que verse en el contexto político del propio estado *“Hidalgo ha representado una de las mayores expresiones del corporativismo con muchas evidencias del ejercicio autoritario del poder acompañado de arbitrariedad, impunidad y violencia”* (Miranda López, 2001:493), de manera que, podría advertirse que al interior de los espacios institucionales tiende a reproducirse una cultura política acorde con las estructuras de poder dominantes en la entidad. Igualmente el rol que

puede jugar el intelectual universitario supeditado al caudillismo político y a cacicazgos locales tradicionales.

Así, con la globalización económica y el aumento de las fuerzas del mercado, resulta más difícil la realización del interés ciudadano general y el rechazo a continuar con la vida en común, se advierte una descomposición de la soberanía y desagregación de las figuras de lo colectivo, se observa una dificultad de hacer vivir el ideal democrático en la realidad cotidiana y con ello, la fragilización del Estado nación. De ahí la relevancia del “Retorno de lo político”, la vida en común, los puntos de equilibrio, lo inacabado y las tensiones para la búsqueda de la participación en el ser colectivo “*para hacer vivir la polis*” (Rosanvallon, 2002:79).

Sin embargo, ¿Cuál es la tradición de cultura política que se desprende de todo esto? Lejos de una *cultura política democrática*<sup>1</sup> que promueva una ciudadanía activa y participativa en las decisiones políticas importantes —que sean responsables y solidarios—, se genera toda una *cultura política tradicional dominante*, derivada de las tradiciones liberal y republicana, donde los ciudadanos siguen considerándose como súbditos del Estado —electores que solamente están llamados a obedecer los dictados del poder o a someterse bajo el imperativo de la fuerza— y que no están bien informados, ni involucrados con los sucesos y procesos políticos y por ende, tampoco participan permanentemente en política.

En un reciente estudio<sup>2</sup> se destacan algunos rasgos generales característicos de los mexicanos: *Característica 1, los mexicanos/as no tienen valores democráticos* “la ciudadanía mexicana no ha avanzado en valores democráticos y que, por el contrario, se ha mantenido con los valores autoritarios de gobiernos pasados”, es decir, si bien se reconoce que la cultura política en México transita hacia un carácter democrático, sus

---

<sup>1</sup> Si bien se reconoce que hay formas distintas de concebir el concepto de democracia, y que de acuerdo con Rosanvallon (2020) preexiste una figura indeterminada de la democracia, aquí se parte del ejercicio de la democracia como una nueva forma de escuchar y consultar en la toma de decisiones “gestión cotidiana de la cosa pública” que permita desarrollar una forma de apropiación ciudadana del poder. Esto, sin duda, va de la mano con cierta cultura política específica.

<sup>2</sup> René Ramírez Gallegos, John M. Ackerman y Gabriela Gallardo (2021) *Hallazgos y reflexiones de la Encuesta Nacional de Culturas Políticas y Democracia 2021*.

valores y normas no han sido internalizados por la inmensa mayoría de los mexicanos, dado que al estudiar los valores democráticos se interroga en lo general sobre percepciones, creencias y actitudes, más no sobre comportamientos y prácticas. Lo que habría que entender es que los valores democráticos son definidos política e históricamente.

*Característica 2. Los mexicanos/as tienen un espíritu autoritario* “al no tener los y las ciudadanas mexicanas valores democráticos, mantienen un espíritu autoritario, que nace del peso de la historia política mexicana”, así, la sociedad mexicana en su aspiración democrática muestra la pervivencia de otras actitudes autoritarias que se niegan a desaparecer, y que, por tanto, generan comportamientos pasivos de los mexicanos.

*Característica 3, los mexicanos/as son desconfiados* “en la cultura política mexicana hay un bajo nivel de confianza interpersonal y en las instituciones”, lo que conlleva a la falta de participación e interés de la ciudadanía en los asuntos públicos, la poca disposición de involucrarse en organizaciones que busquen incidir de manera directa en la agenda pública de cualquiera de los niveles de participación (municipal, local, federal).

Como conclusión de esto, puede decirse que la cultura política tradicional dominante en México –aún dentro de esos ejes institucionales en los que la encuesta se mueve- puede identificarse como apática e indiferente, con bajo nivel en el ejercicio de ciudadanía para involucrarse directamente en la toma de decisiones. Es más, podría sostenerse que los mexicanos no sólo somos poco democráticos, sino hasta antidemocráticos –como ejemplo veamos lo que sucede en las instituciones educativas-.

De manera que, la cultura política tradicional dominante que prevalece en México podría ubicarse en lo que Almond y Verba (citados por Peschard) señalan como *cultura política parroquial* y *cultura política súbdito o subordinada*, en la cual los individuos están vagamente conscientes de la existencia del gobierno central y no se conciben como capacitados para incidir en el desarrollo de la vida política, además, se consideran a sí mismos subordinados del gobierno más que participantes activos de los procesos políticos “solamente se involucran con los productos del sistema (las medidas y políticas del gobierno) y no con la formulación y estructuración de las decisiones y las



políticas públicas” (Peschard, 2019:37); aquí se preserva el principio de respeto a un orden jurídico objetivo que regula la conducta externa de los hombres, y, de acuerdo a los perfiles políticos que plantea Segovia, se ubicaría el perfil de *ciudadano sujeto* y el del *parroquial o enajenado* “*un escolar de origen obrero*” “*Para él el Presidente debe mandar y además debe ser obedecido: sin orden no se puede progresar*” (Segovia, 1975:149). A diferencia de una cultura política democrática o participativa, donde los ciudadanos tienen plena conciencia del sistema político nacional y están interesados en la forma como opera para poder contribuir e influir en la formulación de las políticas públicas “rebasando la mera formulación normativa para alcanzar una dimensión política en sentido estricto” (Peschard, 2019:44), que de acuerdo a Segovia, aquí se ubicaría el perfil político del *ciudadano participante* “*un niño que participa de un mundo cultural amplio, cosmopolita y urbano*” “*cree también que todos deben someterse a la ley, aunque sea injusta*” (Segovia, 1975:146).

¿Y cuál es el papel de los agentes de socialización política? Sin duda la escuela o la universidad como instituciones educativas juegan un papel determinante en cómo, qué y cuándo “aprende” la población estudiantil acerca de la política, la manera en que interiorizan los valores, los símbolos y sus actitudes frente a la política, aunque difícilmente pueda pensarse que en estos espacios se esté forjando un pensamiento democrático.

En otros momentos nos hemos preguntado ¿Cuál es realmente la función social que tiene la escuela? ¿Es posible que desde la escuela misma se genere una sociedad democrática? Algunos análisis advierten que los profesores “*reproducen valores hegemónicos que van en sentido contrario de una convivencia moderna y democrática*” (Rodríguez, 2007:81), lo anterior derivado de la complejidad de ser docente: por un lado, el ser profesional –imagen emblemática de la formación y de la cultura-, y, por otro, el ser ciudadano –situado en una sociedad hegemónica ausente de una cultura democrática-. Visto así, el profesor lejos de desarrollar prácticas democráticas y emancipatorias, contribuye a reproducir ciertas formas específicas de dominio. Que quizá, sutilmente no se advierten como las actitudes y valores de vida, las ceremonias cívicas y los festivales, los espacios arquitectónicos, el diseño de los pupitres y la organización dentro del salón, los procesos de enseñanza aprendizaje, los contenidos curriculares y los sistemas de poder



y la toma de decisiones, pero que en suma representa “*una forma de la reproducción simbólica hegemónica*” y que, a su vez reproduce una hegemonía política cultural específica.

Una cuestión central en este proceso de reproducción hegemónica dominante, lo constituye la ausencia en el reconocimiento de que así sucede “*no nos percatamos de que en nuestro ser diario reproducimos sistemáticamente y de manera invisible los valores de una hegemonía cultural específica*” (Rodríguez, 2007:85).

¿En qué medida influye la formación profesional de los docentes universitarios para reproducir el poder hegemónico? Es importante partir de la premisa de que la cuestión de la reproducción del poder dominante está atravesada por la educación política con la que se ha formado a los docentes desde los ámbitos escolares básicamente –aunque deba admitirse que la cultura política no sólo se forma y reproduce en y desde la escuela-. Es decir, ¿Cuál ha sido y es el tipo de ciudadano que se pretende formar a través de la educación? ¿Cuál es la función social de la escuela en la construcción de cierto tipo de ciudadanía? y ¿Qué idea de ciudadano asume y reproduce el profesor?

En esta lógica ¿Qué tipo de cultura política se ha generado y reproducido en los espacios educativos? y ¿Qué papel juegan los profesores como intelectuales universitarios frente a ello?

De acuerdo con Weber, para el profesor universitario un factor determinante en su posicionamiento político y científico lo constituye el lugar social donde nació, es decir, el estado social de su origen y desarrollo, de manera que tanto su escolarización básica como su formación profesional se han abocado al mantenimiento del orden social existente. Así, el recién graduado, visto como un profesional científico, se adscribe a todo un sistema burocrático, donde los patrones de pensamiento americano se concretan en las instituciones universitarias como empresas capitalistas, en las cuales sólo se le tiene respeto e interés al propio éxito personal. Sin reconocer el grado de sometimiento al cual empezará con su vida profesional: supeditación a exámenes, sostenerse con sus propios medios, ser considerado como un obrero medianamente cualificado que puede ser destituido por no tener derechos y que poco a poco va constituyéndose en un profesor ordinario de viejo estilo. Buen o mal profesor que depende mayoritariamente

de su propio temperamento, incluso de su timbre de voz, también de su experiencia, pero sobre todo de la afluencia y que sea honrado por los estudiantes.

Ahora bien, ¿A qué aspira un profesor universitario como científico profesional? Aspira a ocupar obviamente “un puesto de profesor ordinario o de director de un instituto” (Weber, 1979:185), sin embargo, lograrlo no es sólo por casualidad, sino que influyen una serie de factores que van desde el propio sistema de selección, hasta el nombramientos por motivos políticos que “depende de las leyes de la colaboración humana” (Weber, 1979:186). De este modo, no es raro encontrarse profesionales universitarios con nombramiento catalogados como mediocres acomodaticios y arribistas.

En este sentido, el ejercicio profesional que se le confiere al profesor universitario es que sea un verdadero maestro, que analice científicamente la realidad y los fenómenos sociales “lo único que se le puede exigir es que tenga la probidad intelectual necesaria” (Weber, 1979:212), lo que se busca es el interés en la verdad científica y no la propaganda y simpatías políticas, dado que “la política no tiene cabida en las aulas” (Weber, 1979:211). En esta lógica, dentro de las aulas no debe existir ninguna virtud fuera de la simple probidad intelectual, porque cuando el profesional científico incorpora sus propios juicios de valor deja de tener plena comprensión del tema.

El llamado a no hacer política en las aulas universitarias –desde la ciencia como profesión- es un factor fundamental para lograr una práctica profesional sustentada científicamente “tampoco han de hacer política en las aulas los profesores” (Weber, 1979:211), más aún cuando se trata de profesionales pagados y privilegiados por el Estado.

De manera que, debe quedar claro para un profesor universitario como profesional científico que tomar posición política y analizar científicamente los fenómenos sociales son dos cosas completamente distintas, porque lo que se busca es un verdadero maestro no un caudillo que se dice llamado a ser conductor de hombres, ni tampoco se espera del profesor un demagogo o profeta que con discursos políticos vierta promesas y mentiras imposibles de cumplir, pero que si ganen confianza y votos. Por lo que si el profesor se siente llamado a ser consejero de los jóvenes y está interesado en intervenir en los conflictos, puede hacerlo en la plaza pública y no en las aulas “Id por calles y plazas y

hablad allí públicamente” (Weber, 1979:213), porque sería una falta de responsabilidad que el profesor exprese en el aula sus propias opiniones políticas, dado que en el aula es simplemente un profesor con probidad intelectual respetable.

Ahora bien, para Bourdieu, en la medida de la posesión del capital económico y cultural, los sujetos van creando cierta condición económica particular que los lleva a asumir un rol político e intelectual, que en muchos de los casos implica la reproducción de las relaciones de dominación –objetivación en los cuerpos y objetivación en las instituciones- “El capital universitario se obtiene y se mantiene a través de la ocupación de posiciones que permiten dominar otras posiciones y a sus ocupantes, como todas las instituciones encargadas de controlar el acceso al cuerpo...” (Bourdieu, 2008:114).

De entrada habría que reconocer el mundo universitario como un campo de poderes, es decir, un lugar de lucha constante de poderes universitarios que transcurre por el juego de fuerzas e intereses en busca del poder académico y del prestigio científico –campo de poder y campo intelectual y científico- “Toda toma de posición sobre el mundo social se ordena y se organiza a partir de una posición determinada en ese mundo” (Bourdieu, 2008:26), por lo que, el campo universitario como mundo social específico es un espacio –físico y simbólico- cargado de una permanente intervención política, donde los sujetos toman partido en torno al poder universitario “poderosos” y al prestigio intelectual o científico “importantes” que en suma los lleva a tomar una posición política y/o científica al respecto, sin dejar de advertir que este mundo universitario constituye en sí mismo un sitio también de lucha de clases, donde esa “lucha de todos contra todos en la que cada uno depende de todos los otros” (Bourdieu, 2008:32).

El mundo universitario como mundo social en el que uno también se halla comprendido, en los tiempos actuales puede caracterizarse como un mercado universitario en constante competencia, de ahí los valores e intereses antagónicos exacerbados al interior de las universidades. Por ello, las prácticas de exclusión o arropamiento político e intelectual estarán en función de las simpatías o antipatías con ciertos intereses o grupos ¿Qué me conviene, estar del lado de los más “poderosos” o juntarme con los más “importantes”? ¿Qué nos hace situarnos de un lado o del otro? ¿Qué buscamos: poder universitario o jerarquía de los prestigios?

Muchas veces los mecanismos que gobiernan el mundo intelectual, conllevan a la ambición política y al ocultamiento del neutralismo científicista, es decir, hay una clara toma de posición científicista donde las prácticas académicas de los intelectuales se constituyen como prácticas culturales de las clases dominadas “especies de fariseos de la ciencia que saben apropiarse de los signos más visibles de la científicidad” (Bourdieu, 2008:47) y que por lo tanto, sólo buscan servirse de la ciencia para triunfar socialmente en el campo científico y con ello contribuir a la ciencia del poder.

Así, aunque también se sitúen del lado del polo dominado del campo del poder y aparentemente se opongan a los patrones de la industria y del comercio, no dejan de ser reproductores de una forma institucionalizada de capital cultural “que les asegura una carrera burocrática e ingresos regulares” (Bourdieu, 2008:53), Por tanto, podemos decir que los intelectuales universitarios se ubican en el polo de la fracción económicamente dominada pero culturalmente dominante y la universidad como un campo de poder político y un campo de poder intelectual.

Finalmente, para Giroux, uno de los terrenos donde se juega el dominio de poder es la educación, porque es el campo del saber desde el cual se despliegan prácticas educativas que reproducen el orden social existente.

Y en ese terreno epistemológico y de poder, es necesario analizar la función no sólo pedagógica, sino también política del profesor. Para Giroux, hablar del profesor como un intelectual transformativo, es hablar de un profesor como intelectual público, porque por un lado, trasciende el ámbito de ser un simple operador de contenidos diseñados por expertos, y por otro, porque se considera el campo educativo como una esfera pública democrática de la sociedad “Un componente central en la categoría de intelectual transformativo es la necesidad de conseguir que lo pedagógico sea más político y lo político más pedagógico. Hacer lo pedagógico más político significa insertar la instrucción escolar directamente en la esfera política, al demostrarse que dicha instrucción representa una lucha...en torno a las relaciones de poder” (Giroux, 1997:177-178).

Para distinguir con mayor amplitud esta función del profesor como intelectual público o intelectual transformativo, es necesario recuperar la práctica pedagógica o educativa desde dos miradas: Una pedagogía tradicional que corresponde a un Estado

neoliberal cuyas tendencias antidemocráticas son más que visibles al considerar la educación como un sitio simplemente de entrenamiento y no de pensamiento y diálogo crítico. Y una pedagogía crítica-radical-liberadora que hace tomar posición frente a la sociedad y su dominación, aquí se entiende la enseñanza como un medio para la participación de los individuos en la sociedad y en la acción política.

¿Es posible que el profesor desarrolle una función de intelectual transformativo o público en el marco de un Estado neoliberal y de una racionalidad tecnocrática e instrumental? Desde la pedagogía tradicional o conservadora prevalece una teoría y discursos educativos dominantes –lógica de dominación y tecnología del poder- donde las escuelas se aferran a reproducir ideologías y prácticas sociales opresivas mediante el mantenimiento del orden y el control de la organización del tiempo, el espacio y los recursos –como prácticas hegemónicas en el aula-, así las escuelas desempeñan un papel reproductivo “porque proporcionan a diferentes clases y grupos sociales formas de conocimiento, aptitudes y cultura que legitiman la cultura dominante pero también introducen a los estudiantes en el mundo del trabajo y del empleo, donde se verán segregados por consideraciones de género, raza y clase” (Giroux, 2003:174). De manera que más que importar la transmisión e inculcación del conocimiento positivo –propriadamente el curriculum escolar-, lo que se legitima son las relaciones de dominación hegemónica al reproducir valores, prácticas sociales y aptitudes que se requiere en el orden empresarial dominante.

En este sentido, a los profesores se les confiere escasa confianza en la habilidad para ejercer el liderazgo intelectual y moral en su práctica pedagógica y/o educativa “los reducen a la categoría de técnicos superiores encargados de llevar a cabo dictámenes y objetivos decididos por expertos totalmente ajenos a las realidades cotidianas de la vida del aula” (Giroux, 1997:171). Esta proletarización del trabajo del profesor se circunscribe solamente a la función de gestionar y cumplimentar programas curriculares en lugar de desarrollar críticamente los currículos.

Esta devaluación y deshabilitación del trabajo del profesor responde al enfoque tecnocrático del Estado neoliberal y su racionalidad instrumental -consideraciones prácticas- que pone en el centro de importancia a los factores instrumentales y pragmáticos de la vida escolar –retórica de la eficiencia y de la calidad solamente con

una mejor gestión y control del aprendizaje- “En la visión del mundo de los tradicionalistas las escuelas son simplemente lugares donde se imparte instrucción. Se ignora sistemáticamente el hecho de que las escuelas son también lugares culturales y políticos” (Giroux, 1997:32). En la lógica de la racionalidad tecnocrática e instrumental, la consideración de los profesores como simples ejecutores de procedimientos de contenido predeterminado e instruccionales conlleva a la reducción de su autonomía con respecto al desarrollo y planificación de los currículos, pero sobre todo, a la negación de interrogarse sobre la naturaleza política de la enseñanza pública, es más, puede advertirse un “intento paradójico de despolitizar el lenguaje de la enseñanza escolar, al tiempo que se reproducen y legitiman ideologías capitalistas” (Giroux, 1997:31). Lo anterior, desde luego tiene que ver con la percepción y reconocimiento de que las instituciones educativas son “apolíticas” y por tanto, son únicamente lugares de instrucción.

Por supuesto también la formación de los profesores ha influido, porque se ha enfatizado en el dominio de los métodos de enseñanza y no en el desarrollo del pensamiento crítico que cuestione la naturaleza política de lo educativo.

¿Qué pasa con los intelectuales públicos universitarios?, cuando se reconoce que “La educación superior en particular se ha transformado en conspiradora de la usurpación neoliberal del orden social; su creciente corporativización ha debilitado su rol como esfera pública democrática y sitio vital donde los estudiantes pueden aprender a abordar cuestiones sociales importantes” (Giroux, 2015:15). Sin duda, en los tiempos actuales, la universidad corporativa y neoliberal produce y legitima una sociedad autoritaria, donde la educación además de transformarse en un mero entrenamiento de bienestar personal, se despolitiza y aniquila la esperanza de un mundo más justo, igualitario y democrático.

En este orden, el profesorado al ver reducida y reemplazada su asignación de medio tiempo, al perder de manera creciente sus derechos y poder y, al vivir sólo un poco por encima del nivel de la pobreza, se convierten en intelectuales anti-públicos y en claros defensores de la universidad corporativa “Estos intelectuales son atraídos y comprados por la élite financiera y no son más que títeres ideológicos que utilizan sus habilidades para destruir el contrato social, el pensamiento crítico y todas aquellas

instituciones sociales capaces de construir los valores no mercantilistas y las esferas públicas democráticas” (Giroux, 2015:22). Así, la colonización neoliberal despolitiza la educación y erosiona el compromiso de los intelectuales públicos.

Si concebimos a los profesores como intelectuales universitarios en el sentido de ser “hacedores de palabras e ideas”, pero que al mismo tiempo su probidad intelectual está cargada de un contenido político, y que por tanto, despliegan toda una cultura política en términos de que “*se finca en una postura subjetiva-psicológica en donde un conjunto de actitudes, conocimientos y valores dominantes crean cierta percepción sobre el sistema político*” (Castro López, 2014:97), de manera que su postura política incide evidentemente en la formación de los profesionales de la educación al producir “signos y símbolos compartidos” que afectan y dan significado a las estructuras del poder. La pregunta que seguimos sosteniendo entonces es ¿Mantienen una posición **antagonista del poder**? o ¿Suelen jugar un importante papel como **aliados del poder**?, máxime cuando la profesión docente universitaria también constituye una profesión de Estado.

Es cierto que los intelectuales “*integran identidades, no solo al interior de su quehacer por medio de tradiciones literarias, sino también identidades políticas con el resto de la colectividad con base en sus acciones y prácticas discursivas que involucran significados sobre la política*” (Castro López, 2014:101), así, en el caso de los intelectuales universitarios se tendría que plantear y resolver si se “politiza la pedagogía” o se “pedagogiza la política” al desarrollar las prácticas educativas en el campo universitario como campo de saber y de poder.

El papel de los intelectuales como actores políticos en el contexto educativo mexicano es de suma importancia, porque más allá de la literatura y la cultura, existe una relación con el poder y la política “Como escritor mi deber es preservar mi marginalidad frente al Estado, los partidos, las ideologías y la sociedad misma. Contra el poder y sus abusos, contra la seducción de la autoridad” (Paz, citado por Castro López, 2014:105), por ello, más que un intelectual orgánico es fundamental destacar la figura de un intelectual comprometido e independiente, que cuestione al Estado y el poder para no convertirse propiamente en un “técnico del ejecutivo” o del partido en el poder.



La influencia de los intelectuales universitarios respecto a cierta cultura política parte de considerar lo educativo y la función pedagógica como un ejercicio de poder y acción política que repliega el dominio del Estado para convertirse en agentes de cambio político y social.

## Referencias bibliográficas

- Ball, Stephen J. (2002). Grandes políticas, un mundo pequeño. Introducción a una perspectiva internacional en las políticas educativas. En Narodowski, Mariano y otros. Nuevas tendencias en políticas educativas. Estado, mercado y escuela. Argentina: Granica (pp. 103 – 128).
- Bourdieu, Pierre (2008). *Homo academicus*. Argentina, Siglo XXI Editores.
- Bourdieu, P. (s/f) *El racismo de la inteligencia*.
- Castro López, Norberto (2014). *¿Cultura política en las comunidades intelectuales?* En Saúl Jerónimo y Miguel Hernández (Coordinadores) Cultura Política a debate, pasado y presente. Universidad Autónoma Metropolitana. México.
- Giroux, H. A. (1997). *Los profesores como intelectuales. Hacia una pedagogía crítica del aprendizaje*. Madrid, Ediciones Paidós Ibérica, S.A.
- Giroux, H. A. (2003). *Pedagogía y política de la esperanza: teoría, cultura y enseñanza: una antología crítica*. Buenos Aires, Amorrortu.
- Giroux, H. A. (2015). *Democracia, Educación Superior y el espectro del autoritarismo*. Revista Entramados- Educación y sociedad Año 2, No. 2.
- Lander, E. (2000). *¿Conocimiento para qué? ¿Conocimiento para quién? Reflexiones sobre la universidad y la geopolítica de los saberes hegemónicos*. Estudios Latinoamericanos, nueva época, años VI y VII, núm. 12-13.
- Miranda López, Francisco (2001) Las universidades como organizaciones del conocimiento: el caso de la Universidad Pedagógica Nacional. El Colegio de México/UPN. México.
- Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (1998). Educación Superior y Sociedad. Conferencia mundial sobre la educación superior. Caracas: IESALC.
- Peschard, J. (2019) *La cultura política democrática*. Instituto Nacional Electoral, México.
- René Ramírez Gallegos, John M. Ackerman y Gabriela Gallardo (2021) *Hallazgos y reflexiones de la Encuesta Nacional de Culturas Políticas y Democracia 2021*. UNAM/ Programa Universitario de estudios sobre democracia, justicia y sociedad. México.
- Rodríguez, X. (2007) *Formar para la democracia* en Martha Nussbaum, et al ¿Qué ciudadanía para la democracia? Cultivando a la sociedad. Metapolítica Volumen 11, número 53 Centro de Estudios de Política Comparada A.C./ Ediciones de Educación y Cultura, S.C., México.
- Rosanvallon, Pierre (2002) *Por una historia conceptual de lo político*, Buenos Aires, FCE.
- Rosanvallon, Pierre (2020) *El siglo del populismo. Historia, teoría y crítica*, Barcelona, Galaxia Gutenberg.
- Segovia, R. (1975) *La politización del niño mexicano*. El Colegio de México, México.
- Siede, I. (2007). *Cap. 3 “Educación para el desierto argentino”* en La educación política. Ensayos sobre ética y ciudadanía en la escuela. Buenos Aires, Paidós.
- Varela, Julia (1997). *Capítulo I. El modelo genealógico de análisis*. En Nacimiento de la mujer burguesa. El cambiante desequilibrio de poder entre los sexos. Madrid, La Piqueta. pp. 19-57.
- Weber, Max. (1979). *El político y el científico*. Madrid, Alianza Editorial.